
El nuevo fordismo individualizado



Lelio Demichelis 03/05/2016

¿De verdad hemos salido felizmente del fordismo del siglo XX? ¿O es que estamos simplemente en una nueva fase del Gran Relato técnico y capitalista?

¿De verdad que ha cambiado el trabajo, hoy, en tiempos de la tercera (o ya de la cuarta, con la digitalización) revolución industrial, respecto a la primera de finales del XVIII? ¿De verdad que hemos salido felizmente (¡y finalmente!) del fordismo asfixiante y pesado del siglo XX para llegar al post-fordismo ligero, flexible y virtuoso, a la producción ágil, a la economía del conocimiento y a la *era del acceso*, a la “new economy” de los años 90, y ahora a la “sharing economy” [“economía colaborativa”] y a los “smart jobs” [“empleos inteligentes”], y hay quien (Paul Mason) imagina incluso un fabuloso post-capitalismo? ¿O estamos simplemente (y dramáticamente) en una nueva fase del Gran Relato técnico y capitalista?

Si un rasgo típico y definitorio del fordismo era la producción industrial masiva basada en el empleo de trabajo repetitivo y generalmente sin particulares cualificaciones ni especializaciones («Yo» – decía Henry Ford – «no lograría hacer lo mismo todos los días, pero para otros las operaciones repètitivas no son un motivo de horror. El obrero medio desea un trabajo en el cual no tenga que gastar mucha energía física, pero sobre todo desea un trabajo en el que no tenga que pensar»), el post-fordismo se caracterizaría en cambio por la adopción de tecnologías y criterios organizativos que ponen un énfasis particular en la especialización y la cualificación del trabajo y de las competencias, además de en la flexibilidad de los trabajadores. Pero de aquí a imaginar el paso – gracias también a a las nuevas tecnologías – de un trabajo puramente *material* (el fordismo ligado, precisamente, a la manufactura) a un trabajo sobre todo *intelectual e inmaterial* (eran las retóricas de la economía del conocimiento y del capitalismo cognitivo de hace pocos años), el paso ha sido breve, pero también demasiado rápido. Como breve e igualmente rápido ha sido el paso de las retóricas de la “wikinomics” a las de la “sharing economy”, así como de la precarización del trabajo al énfasis de su

virtuosa *uberización*. Los economistas y, sobre todo, nosotros, los sociólogos, tenemos (no todos, pero) mucha culpa por haber favorecido esta revolución lingüística. Que se basaba y todavía se basa – es la tesis que aquí nuevamente se sostiene y se intenta profundizar – en un dramático error de valoración de las transformaciones acontecidas y todavía en juego, justamente en la organización del trabajo técnica y capitalista. Un error. Intelectual y de análisis.

Porque en verdad – una verdad que debería ser ya evidente, si se excavase foucaultianamente bajo las apariencias, si se hiciera *arqueología* pero sobre todo se analizase la *genealogía* de los *saberes* y de los *poderes* que gobiernan la red y el capitalismo (el *tecno-capitalismo*) – lo que no van a cambiar son las *formas* y las *normas* de organización y de funcionamiento del sistema. Basadas siempre – de la primera revolución industrial a la Red y hoy a la digitalización – antes sobre la subdivisión y la individualización del trabajo, y luego sobre su recomposición/totalización (Foucault una vez más) en algo que debe ser siempre mayor que la suma de las partes subdivididas y separadas. *Formas* y *normas* de organización que justamente no han cambiado *substancialmente* desde que el capitalismo se desposó con la industria (un matrimonio de interés, pero más estable y prolífico que un matrimonio por amor), si acaso se afinan cada vez más con el surgimiento y difusión de las diversas *tecnologías dominantes*: los telares, la máquina de vapor, la *fábrica de clavos* de Adam Smith y, sobre todo, el reloj (según Lewis Mumford, la *verdadera máquina* que ha permitido la industrialización) y la división de tiempo y su utilización cada más exhaustivo – en la primera revolución industrial; la cadena de montaje y la organización *científica* del trabajo, y todavía más el reloj y el control y la intensificación del tiempo de trabajo mediante su subdivisión incrementada – con la segunda revolución industrial; y ahora con la Red y todavía el reloj (el tiempo real) y mañana con la fábrica 4.0.

La mutación que – errando – hemos llamado post-fordismo y ahora “sharing economy” y fábrica 4.0 ha tenido lugar, entonces, no en las *formas* y en las *normas* de organización (subdivisión y totalización: del trabajo de producción, del trabajo de consumo, en la fruición de los productos de la industria cultural) sino en la calidad y en la cantidad de esta individualización. Si ayer en el fordismo era necesario concentrar miles de trabajadores en el interior de lugares cerrados como eran precisamente las grandes fábricas, porque el *medio de conexión/totalización* de las partes subdivididas del trabajo era necesariamente físico y presuponía un espacio concentrado y concentrador (esto permitía la eficiencia productiva de entonces), hoy el *medio de conexión*, o sea, la Red, permite descomponer e individualizar *n* veces más la *forma* y la *norma* de organización y hacerla explotar en trabajos (y en trabajadores) desconectados de un *lugar físico* (la fábrica), pero conectados en un *lugar virtual*, como es precisamente la Red. Del *fordismo concentrado* de ayer hemos pasado, así pues, no al post-fordismo sino a un *fordismo individualizado*. Pasando por el *fordismo territorial y de distrito*, por el *pequeño y hermoso*, por el *capitalismo personal* y el *trabajo free-lance*. Ningún post-fordismo; si acaso la *socialización del ordoliberalismo* (la sociedad en *forma* de mercado y según la *norma* del mercado, la *vida* como empresa, la competición como imperativo existencial).

Gracias a la red – cada vez más *medio de conexión* y cada vez menos *medio de comunicación* y de *conocimiento*; cada vez más *capitalista*

y cada vez menos libre y anarquista como en los orígenes – todo trabajador antes físicamente y contractualmente subordinado puede (debe) hoy convertirse en un trabajador autónomo, un *emprendedor de sí mismo*, un “maker” que produce innovación, un trabajador individualizado; con su puesto de trabajo y sus tiempos de ejecución de la prestación, pero externos a toda fisicidad concentrada. Aparentemente (pero también contractualmente) es de veras un trabajador autónomo, es de veras un *emprendedor de sí mismo*; concretamente es, por el contrario, un *falso emprendedor de sí mismo* (así como es un *falso individuo*) porque está subordinado a un nuevo *patrono*.

Es, sí, externo a la estructura de la empresa pero está aun más integrado-conectado a ella. Es un proceso análogo y paralelo al que concernía a la sociedad de masas del siglo XX. Antes se trataba de masas predominantemente *concentradas*, después hemos pasado (es la lección de Günther Anders) a una masa *individualizada*, en la que cada uno tiene comportamientos de masa (en el consumo, en la industria cultural, en los comportamientos colectivos, en el conformismo, en el hedonismo, en la nueva sociedad del espectáculo y hoy de la espectacularización de uno mismo) pero la practica individualmente, haciéndose la ilusión de ser libre. Algo análogo se ha verificado precisamente en la organización del trabajo. Todos estamos integrados en el sistema capitalista y en la Red, pero uno por uno, separados físicamente de los demás, pero virtualmente todavía más integrados con los demás y con el tecno-capitalismo de lo que se estaba en tiempos del fordismo.

Es en el *trabajo en forma de multitud* – el *crowd-work* – que es una multitud (mejor: una masa) de individuos y, sobre todo, es una masa de individuos conectados, porque el concepto de multitud/masa es incompatible con el de libertad y de autonomía individual, y el trabajo en forma de masa es un trabajo que, como sucede en la multitud-masa, anula la individualidad haciéndola más bien disolverse en la multitud (el mercado, la red); pero al mismo tiempo dando al individuo *en la locura-masa* una sensación de gran fuerza colectiva, de potencia, de capacidad de cambiar el mundo (¿el post-capitalismo?) – haciendo olvidar que también este trabajo se finaliza para beneficio de alguien. Individuos, entonces, pero que se mueven *como un solo hombre*, aunque sea individualmente. Que se creen emprendedores de sí mismos, pero están todavía más subordinados a las *formas* y a las *normas* de funcionamiento del aparato que los han transformado en masa (la *socialización del capitalismo*), masa como forma clásica de organización donde cada uno está solo pero junto a los demás, pero este estar junto a los demás y conectados con los demás impide (y es una gran ventaja para el poder que organiza la masa) la formación de toda posible *consciencia* colectiva o de clase, porque estar en una multitud-masa individualizada excluye toda *consciencia de clase* como toda *autonomía* individual y todo *discurso sobre los fines*). Aparato tecno-capitalista que luego ha logrado *disolver* a su adversario de clase (su organización antagonista, su estructura organizativa, su conciencia) individualizándolo justamente mediante subdivisión creciente del trabajo y personalización del consumo; aparato que precariza el trabajo e individualiza, pero crea al mismo tiempo la retórica (el “storytelling”) del *compartir*. Que aliena más que en el pasado, pero ofrece a cada uno la ilusión de ser *patrono de los propios medios de producción* (el ordenador *personal*, el dispositivo *personal* móvil), además de los bienes que produce, quizás gracias a una impresora 3D. Es el triunfo del *capitalismo de plataforma*, que no es algo virtuoso que permita una cooperación libre entre sujetos también ellos libres, justamente mediante una plataforma tecnológica (un *medio*),

pudiendo cada uno disfrutar del trabajo compartido con otros. Pero que es un *capitalismo de plataforma* porque los beneficios (el *fin*) son de quien posee la plataforma (como en el caso de Uber o de Airbnb), no de quien la usa. Y la misma “sharing economy” significa sí compartir, pero debe producir “business” para la plataforma; o si no, es definible mejor como *economía de la supervivencia* en tiempos de empobrecimiento de masa.

El trabajo de hoy no es, por tanto, diferente del de ayer. Sí que es todavía más individualizado, pero se ha hecho también más integrado (y esta es la esencia de funcionamiento de toda organización industrial y moderna del trabajo: subdividir e individualizar cada vez más, pero consiguientemente integrar cada vez más gracias al *medio de conexión* dominante; hacer prevalecer los intereses de la organización-sistema sobre los individuales). Incrementando la cantidad de prestación requerida a cada uno, extrayendo de cada uno una cantidad cada vez mayor de *valor* y de *beneficio*, pero haciéndole creer que es libre. Se ha producido una autentica mutación antropológica y cultural. Que se puede representar bien con esta ejemplificación.

En estos días, en algunos trenes de alta velocidad italianos, en los videos que cuelgan en los vagones, se pasa un video promocional en el que se ve a un maquinista a los mandos de su tren. Mirada intensa, gran atención, gran participación en la tarea asignada. Imágenes del tren desde lo alto, bello y velocísimo. Luego la imagen se divide en dos, a la izquierda todavía el maquinista, a la derecha una mujer en casa que pone flores en los jarrones y cuida a su niño. Luego, siempre a la izquierda, el tren llega a la estación, el maquinista desciende de la locomotora y, atravesando la línea que divide en dos mitades la pantalla, entra en casa ya sin uniforme de maquinista y saluda sonriente a la mujer y al niño. En ese punto la mujer besa a su niño, atraviesa a su vez, pero en sentido contrario al del hombre, la línea divisoria de la pantalla y se convierte ella también en maquinista, sube a la locomotora y hace partir el tren de alta velocidad.

Un anuncio que trae a la memoria un cuento de 1958 de Italo Calvino, titulado *L'avventura di due sposi* [*La aventura de dos esposos*] También en Calvino hay un él y un ella. Él, el obrero Arturo Massolari, trabaja en el turno de noche, el que termina a las seis. Vuelve a casa más o menos a la hora en que suena el despertador de la mujer, Elide, que trabaja, en cambio, de día. Un breve encuentro entre ellos, algunas caricias, luego ella sale de casa para ir a trabajar y él se mete en la cama por su lado, pero moviéndose enseguida hacia donde había dormido Elide para buscar su calor y su perfume. Todo muy parecido al anuncio antes descrito. Hoy como entonces, la familia, la pareja, el amor hacen cuentas con el trabajo. Nada ha cambiado desde entonces. Sin embargo, hay una diferencia: entonces, Calvino describía, con su estilo ligero una realidad amarga hecha de fatiga y de separación forzada entre él y ella, implícitamente criticaba ese modo de organizar el trabajo y (consiguientemente) la *vida* de las personas. Hoy la misma *condición humana* es vivida y ofrecida como positiva y como virtuosa forma de emancipación, de paridad de géneros, de liberación de la mujer, sobre todo de *modernidad*. Cambia la casa: obrera y pobre la de Calvino, espaciosa y con una gran cocina la de hoy. Las desigualdades de entonces – y la alienación – son las mismas de hoy. Pero se ofrecen precisamente como modernidad e innovación, no como un pasado que no cambia. La mutación antropológica acontecida está también en este *vuelco*.

Y llega entonces Uber y los procesos de *uberización* del trabajo. Hay quien lo toma como ejemplo de máximo autoemprendimiento, pero ¿qué son los *falsos taxistas* de Uber si no *trabajadores multitud* o mejor todavía *trabajadores fordistas individualizados* en el *capitalismo de las plataformas*? Creen poseer los *medios de producción* (el coche, el smartphone), pero el *verdadero medio de producción es la plataforma*, que no son ellos, ellos sólo están en sus dependencias, están subordinados a la plataforma, con lo cual están absolutamente alienados (en el sentido de Marx), pero no creen estarlo.

Además: la *uberización* de las empresas como nuevo momento transformador de época y evidentemente virtuoso y positivo y por lo tanto (en opinión de Max Bergami, de la *Bologna Business School*, en *Il Sole 24 Ore* del 3 de abril pasado) «como algo difícilmente obstaculizable, porque la difusión de la innovación es mayor que cualquier reacción». Es decir, que la *uberización* es un proceso *positivo de cualquier modo*, porque es innovador y la innovación es siempre positiva y quienquiera que trate de obstaculizarla es irracional y antimoderno, razonando como Taylor hace cien años cuando criticaba a los sindicatos en caso de que hubiesen querido contestar su organización *científica* del trabajo que, siendo por autodefinición (por autoreferencialidad) *científica*, era por lo tanto también racional, mientras que irracional se volvía *ipso facto* cualquier contestación/oposición. La *uberización* del trabajo permitirá comprar trabajo y competencias en caso de necesidad, descompondrá las organizaciones de empresa, flexibilizará todavía más el mercado de trabajo, pero producirá miles de *falsos emprendedores de sí mismos*, pero esto no tiene de verdad nada de nuevo, como no sea extremar el viejo “just in time” aplicado a los recursos humanos. Y es trabajo cuasi servil, es decir, peor que fordista. Rebornizado de modernidad y de ineluctabilidad.

Y entonces como todavía una vez más, la *pálabra mágica* (no del post-capitalismo sino) del ultracapitalismo: *compartir*. También aquí asistimos al retorcimiento del diccionario, es decir, a la *producción industrial* de una neolengua conforme al *tecno-capitalismo*, porque en realidad debemos *compartir* sólo lo que permite al capitalismo *extraer beneficio* para sí (nuestros datos, nuestros perfiles, nuestros “selfies”), pero luego podemos y más bien debemos ser egoístas en la realidad (hacia los migrantes-prófugos, por ejemplo; pero también hacia los demás individuos, ya no individuos que forman una sociedad sino nuestros incesantes competidores). También el concepto y las prácticas del *compartir* se han alterado y plegado al beneficio de los capitalistas y de los señores de Silicon Valley. En realidad, compartir y ayudarse son prácticas antiguas y no el producto virtuoso de las redes. La Revolución Francesa nació para realizar un principio de *fraternidad* y de solidaridad, es decir, de *compartir*. La Enciclopedia significaba *compartir* conocimiento. Y el “welfare” público posterior a 1945 se basaba también en *compartir* (la redistribución de la riqueza de arriba abajo en la sociedad, la creación de igualdad de oportunidades para todos, los seguros sociales como forma de participación y de *compartir* social de los riesgos), más que sobre la *fraternidad/solidaridad* intergeneracional. Pero todo esto ha quedado progresivamente desechado, cancelado. Como el hecho de que el trabajo era un derecho y se ha convertido en una mercancía, llamando, sin embargo, a todo esto *modernidad e innovación*.

Lelio Demichelis

es profesor de Sociología Económica de la Universidad de Insubria, en Varese, colaborador de MicroMega y Sbilanciamoci, y especialista en sociología de las organizaciones, de la industria y del trabajo, en fordismo y post-fordismo y en el análisis de los mecanismos biopolíticas y de las formas de biopoder en las sociedades modernas.

Traducción Lucas Antón **Fuente:** Sbilanciamoci, 14 de abril de 2016

URL de origen (Obtenido en 12/05/2016 - 19:44):

<http://www.sinpermiso.info/textos/el-nuevo-fordismo-individualizado>